

REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

TOMO XXXI

JULIO A SETIEMBRE DE 1945

MONTEVIDEO — URUGUAY

1945

EL POETA DE LA CIUDAD Y DEL DOLOR

París tuvo un delicioso poeta que trazó con viva emoción, en pequeños poemas que son verdaderas viñetas románticas, cuadros y escenas de la gran ciudad. Se llamaba Gauthier Ferrieres y, como muchos otros, ¡ay!, murió en la gran guerra, en una oscura acción de los Dardanelos. Sus romances tienen algo de la desenvoltura, la volubilidad y la gracia un poco melancólica de las cancioncillas de Maurot, y recuerdan, por su traviesa ironía, algunas de las mejores piezas de Alfredo de Musset. Su filosofía, tocada de ternura, es sonriente, y solamente se oscurece y apesadumbra cuando el progreso burgués destruye o desfigura los poéticos rincones del viejo París. Él se propuso hacer una crónica rimada de los bulevares y las avenidas; los malecones y las veredas del Sena; las plazas y los jardines; las iglesias y los hoteles; los mercados y las estaciones. Su imaginación solía planear sobre las buhardillas, torres y chimeneas de la ciudad; vagabundear por las calles y plazas; dialogar con los árboles y las estatuas de los jardines; conversar con los gorriones del Luxemburgo que juguetean entre la fronda y picotean los bustos de los poetas y artistas; conversar con los niños que toman el sol en los parques; ambular por los poéticos rincones del Barrio Latino; asomarse a los talleres y cafés de Montmartre y Montparnasse; recorrer las ferias y tiendas de la antigua barrera, y de todo ello extraía esa poesía sencilla y dulcemente tristonía de sus romances.

Como Víctor Hugo, él amaba más que los opulentos barrios de la época de Hausmann, los barrios viejos, con sus pintorescos laberintos, sus quietas y angostas callejas, sus silenciosos *impasses*, sus grises hoteles, sus veredas estrechas y enlosadas. Allí vive todavía el París de Balzac, con su pátina romántica, y se cree tropezar en cada esquina con aquellas figuras que ya sólo hallamos en las estampas de Daumier, o en los dibujos que trazó Devéria para «El museo de las familias» y las ediciones del «Cenáculo». Él sentía que el alma del viejo París se iba con los antiguos hoteles demolidos y los vetustos barrios que desaparecían, y procuraba que, al menos la poesía de que estaban impregnados no fuera aventada también por la piqueta destructora, para no sentirse así, sólo y extraño en su propia ciudad.

*Je crois parfois, tant Paris change
Et se renouvelle aujourd'hui,
Que je suis un fantôme étrange
Qui nulle part n'est plus chez lui.*

*
* * *

Montevideo tiene también un poeta, cuya retórica es menos complicada que la de Gauthier Ferrieres, pero que, como éste, pone en sus poemas vivos toques de emoción y sensibilidad y ha cantado a su ciudad, tan olvidada hoy por los poetas, más amigos de peregrinar imaginativamente por la Grecia mitológica, la misteriosa India, o los jardines de los Luises de Francia, que de parar mientes en estas noticias domésticas de nuestra vida ciudadana.

Este poeta es Emilio Frugoni, quien no es un poeta nuevo, pues desde que comenzó a escribir sus primeros versos, casi han transcurrido tres veces aquellos quince años que Tácito consideraba como *talís aevi spatium*. Quiere esto decir que este poeta hace ya mucho una larga etapa de la vida humana: *Quindecim annos, grande mortis tempus* que goza de la notoriedad literaria. Su nombre corre en las antologías y sus versos y sus libros se conocen y se aprecian en los países de lengua castellana. Rodó prologó una de sus recopilaciones líricas, y recuerdo que el maestro elogió sin reserva la poesía de Frugoni, un poco italianizada, en lo que a la sensibilidad se refiere, pero castiza y melodiosa de forma. Aquellos eran versos líricos, composiciones subjetivas realzadas por la riqueza verbal, la suntuosidad y el color de las imágenes, y un sentimiento muy personal para remozar los temas del repertorio romántico. Luego escribió poemas de corte épico, y hasta de sabor didáctico, y se mostró entonces excelente orador en verso, elocuente y magnífico, con algo del desorden y del arrebatado pindárico. Pero este Píndaro nuestro, salvo el diapasón del canto, nada tenía que ver con el poeta griego. Era moderno, bien moderno, y no eran por cierto los juegos y las danzas lo que le inspiraban. Cantaba al pueblo, pero no al pueblo de Beranger, sobre el cual se cierne la sombra de las águilas napoleónicas, sino al pueblo-humanidad, las clases inferiores que sienten gravitar sobre sus hombros el peso del capital burgués. Frugoni, jefe del partido socialista uruguayo, tenía que ser y fué poeta socialista, aun cuando en asuntos de poesía, y dentro de la dignidad de las letras, no caben estas bizarras clasificaciones.

Y puesto que hablamos del orador en verso, digamos también que es éste un noble orador de la prosa castellana, de palabra afluente pero precisa, como si su exuberancia natural estuviera vigilada por el severo sentido crítico.

La literatura de Frugoni no está en relación con su ideología revolucionaria. Ha permanecido un poco al margen del formidable movimiento de renovación que en los últimos treinta años ha conmovido la preceptiva clásica hasta los cimientos para crear formas nuevas, que no siempre son nuevas, y que, muy a menudo, no son bellas. Ha sido así un reaccionario de la forma, y también un poco del concepto literario. Ha preferido a las complicaciones y rebuscamien-

tos modernos el diáfano bien decir de cepa castiza, y mientras otros erraban por extraviadas sendas, mordida el alma por el corrosivo de la ambición y la originalidad, él ha sabido mantener la dignidad del idioma y las nobles tradiciones de la arquitectura del verso castellano. En suma, si estuviéramos en los tiempos del estreno de Her-nani, este poeta habría recibido el desdeñoso dictado de clásico, y se habría asociado su nombre al de Delille; hoy, como alcanzamos los tiempos de las estéticas desorbitadas, se le llama romántico, que es un figurín que, aunque parece pasado de moda, cuadra a todas las épocas.

Con este romanticismo de sus versos Frugoni ha construído también su vida; una vida inquieta, entregada, pródiga e integralmente, a su utopía de renovación social. Su ideología humanitaria y su orientación sociológica ahogaron al René egoísta y melancólico que todos llevamos dentro del espíritu, e hicieron de él una especie de Enjolras, militante y demoledor, pero sin el huraño misoginismo del *meneur* del café Musain. La democracia, el socialismo y las peligrosas aventuras revolucionarias no le hicieron olvidar el amor, pero, poco a poco, le desposeyeron de deleites y goces «burgueses», y le obligaron a una vida austera y simple de lucha, meditación y trabajo, sin otros esparcimientos que el hogar, la amistad y la literatura.

La serenidad y melancolía que llegan a nuestra vida con el otoño abrieron en su corazón una nueva fuente de clara y fresca poesía. La pasión ardorosa, el subjetivismo egoísta, las rebeldías revolucionarias, no agitan ya los aquietados lagares del espíritu. Las aguas se espejaron, y en ellas, como en el cristal de un callado remanso, apareció el paisaje de la ciudad natal, con su cielo trasparente, su luz diáfana, sus casas blancas y soleadas, sus torres amigas, sus siluetas familiares. Ese paisaje dió vida a un libro titulado «Poemas montevideanos», que será siempre un pequeño breviario sentimental, poético y anecdótico de la ciudad, una crónica rimada de Montevideo.

*

* *

Yo soy un incansable y audaz explorador
De mi propia ciudad,

dice el poeta, y se lanza por calles y plazas en busca de temas y sensaciones. Javier de Maistre viajó cuarenta y dos días alrededor de su cuarto, y, mientras duró la extraordinaria excursión, experimentó todas las sensaciones y hasta algunos de los peligros de los grandes viajes. Bien pudo este poeta, que es también un viajero curioso e inquieto, viajar románticamente por su ciudad, que es más vasta que el pequeño cuarto del melancólico desterrado de San Petersburgo.

La ciudad, para quien la ama, es como la casa, pero es más que

la casa. Toda ella está llena de nuestra vida, de nuestras ideas, grandes o pequeñas, de nuestras preocupaciones, triviales o graves, de nuestras ilusiones, de nuestras alegrías, de nuestras tristezas, de nuestros recuerdos, sobre todo. En cada calle, en cada plaza, en este barrio, en aquella encrucijada, en aquella casa, en aquel balcón, en este portal, en todas partes hay algo que nos atrae o que nos rechaza, que nos envía un saludo cordial o que nos mira con hostilidad. Todo está saturado, además, del recuerdo de los que nos precedieron en el viaje. En las losas de la acera reconocemos las huellas de los que no han de volver a hollarlas; sobre las fachadas de las casas parece que se ciernen las miradas de los ojos que hace muchos años se cerraron para siempre; en las aldabas y llamadores creemos advertir el calor de las manos que ya no volverán a golpear; en los umbrales se nos antoja que está impresa la planta de los que ya no han de volver a salvar la puerta.

Esta poesía del recuerdo y de las cosas humildes y familiares es la que va a buscar el poeta en su excursión. El ha sentido el hechizo de la ciudad y se entrega a él con total abandono.

Con cuánto amor te canto, Montevideo.

.....
 Cómo te amo en la gloria de tus mañanas
 Y en tus alucinantes atardeceres,
 Y en el mudo llamado de tus ventanas,
 Y en los ojos amigos de tus mujeres.

Este amor, que a veces se oscurece y amarga, pues la ciudad es para el poeta «llaga y recreo, herida, y venda y bálsamo para su herida», lo acompaña en su peregrinación por las calles soleadas, bajo los árboles amigos, mezclado a la multitud y al ruido, delicada máquina de sensaciones que va registrando todo aquello que es sonido, forma, color. Se ha lanzado a la calle en una mañana azul en que todo es cordial,

El sol, la nube, el viento, el extraño que pasa.

El poeta lleva el corazón liviano y el alma abierta al optimismo. Todo lo trivial y prosaico de la calle, lo que es cotidiano y que abruma con su vulgaridad, tocado por el poeta, se anima y colorea, y se define en los planos del cuadro con nueva expresión. No hay allí materia despreciable para el artista. Los tranvías y los automóviles que pasan; los chicuelos que pregonan los diarios; los proveedores que congregan a los carros mujeriles donde el sol hace arder los tonos como en los cuadros de Sorolla; los niños que se dirigen a la escuela; el mundo que desfila por las calzadas y aceras; las casas abiertas que muestran al paseante

El corazón doméstico, latiendo en el trabajo
 Cotidiano y monótono de acomodar la casa,

todo esto tiene su espíritu, su idioma, su desconocido valor estético. El poeta recorre la ciudad en todos sentidos; se mezcla al movimiento de los barrios centrales; busca los rincones próceres donde quedan todavía en pie las últimas casonas coloniales; salva los rancios portales y los hondos zaguanes enlosados; abre las primorosas cancelas de hierro forjado; se asoma a los patios floridos; atisba a través de las rejas historiadas; discurre luego por las calles quietas y silenciosas; se detiene en la Plaza Matriz para ver, proyectados sobre el cielo, las torres aéreas de la Catedral y el ático del Cabildo, y se aproxima a la fuente para oír la canción del agua que cae en la pila de mármol, arrojada por los angelillos, tritones y garzas que decoran los tres platos barrocos superpuestos. Esta plaza, que es como el corazón de Montevideo, es para el poeta.

Uno de esos patios
Llenos de luz de las antiguas casas.

En la sosegada paz de la plaza familiar juegan los niños y sueñan al sol, serenamente, los viejos, como si con los trinos de los pájaros que habitan en los plátanos bajara hasta ellos aquel consejo de Horacio que nos exhorta a contentarnos con poco, a recordar sin amargura y a envejecer.

Otras veces el poeta busca los barrios excéntricos, el Cordón y la Aguada, con sus encrucijadas de ciudad de provincia y sus encantadores rincones

De ciudad africana que al sol se duerme...

Llega entonces hasta la periferia, y halla la nota eglógica en los jardines y huertos de las últimas casas que se internan en la pradera. Evoca allí el esplendor pasado de la Unión, con su historia heroica y guerrera; con sus tardes de toros y de fiestas; con sus abigarrados desfiles y cabalgatas; perdido todo en el turbión de las crisis, las bancarrotas y las quiebras. De todo aquello queda apenas el

Refugio de tu plaza, maravilla
De placidez, donde hace nido el sueño,
Y donde el alma a dialogar se entrega
Con las amables sombras del pasado
Que nos saludan tras el cortinado
De una vetusta casa solariega...

Vuelve luego la planta hacia las quintas del Paso del Molino e interroga a los viejos jardines y a los profanados parques de la calle Agraciada. Revive un instante el antiguo burgo aristocrático con sus tardes estivales pobladas de flores y de mujeres; desfilan por la avenida los solemnes *landós* y las ligeras victorias de antaño; cruzan los *phaetons* y *vis-a-vis* arrastrados por troncos trotadores de

sangre, mientras en la glorieta del puente la orquesta deshoja un aire romántico.

¡Paso del Molino!... Vieja burguesía
Que enterró fortunas en el encantado
Barrio veraniego de una «Signoría»...

Todo eso se ha ido también hace ya mucho tiempo y de ello sólo nos quedan ahora las viejas quintas mutiladas por la hipoteca y la subasta; los parques convertidos en barriadas de pretenciosos *chalets*; los jardines ahogados por las construcciones urbanas; los vetustos portones ruinosos y esta honda poesía del recuerdo que nos hace repetir con el poeta:

¡Paso del Molino! Cuando en mi camino,
Cargado de flores te vuelvo a encontrar
Me interno en tus calles como un peregrino,
Y frente a tus rejas me pongo a soñar.

Pero no son solamente estas excursiones románticas las que atraen al poeta. Dentro de éste hay un pintor de aire libre, de factura amplia y fuerte, amigo de la nota violenta y realista. Va en busca de ella a los muelles, al mercado, al conventillo, al suburbio. A veces el pintor arroja los pinceles y toma el buril de aguafuertista para dar forma a melancólicos estados de alma. El mordiente graba sobre el cobre siluetas de cipreses funerarios, «camposantos» a lo Urgell, perfiles tétricos, humeantes chimeneas, formas y gestos arrancados al recuerdo de las pesadillas infantiles. Cuando el poeta está de vena surge la anécdota traviesa e ingeniosa: el balcón nocturno con su idilio de barrio; el domingo de la fámula, poemita escrito en el metro de Juan de Mena, trivial pero deliciosamente tierno, en que por primera vez se canta al amor del «primo» y de la Manuela. Asoma también, de cuando en cuando, el filósofo tocado de pesimismo, el moralista cáustico, el socialista impenitente que pone en el cuadro una pincelada desentonada y estridente, de dudoso gusto literario, y de ningún valor didáctico. Pero todo ello es cosa baladí, mal humor de viajero fatigado y ahito de sensaciones.

La retórica de este libro es, en cierto sentido, nueva. Aunque tímidamente, también Frugoni se lanza por el despeñadero de la innovación gramatical, del ritmo bárbaro y de las ambiciosas innovaciones métricas. Es un pequeño tributo rendido a la época, acaso una comprobación de que los procedimientos estéticos ultramodernos no tienen secretos inaccesibles: tal vez, una pequeña venganza contra los que le acusan de romántico y reaccionario. Para defenderse contra este último dictado habría bastado el sentimiento moderno que informa este libro, su valor como expresión psicológica y personal, su espíritu nacionalista e independiente, y este feliz ensayo de hallar su poesía, no en los grandes temas objetivos o subjetivos, sino en estas

cosas triviales y cotidianas que, animadas por la imaginación y el sentimiento del poeta, se magnifican y embellecen y nos demuestran que hay una belleza sustantiva que está en todas partes, en las cosas altas y en las cosas humildes y pequeñas, y que es misión del artista develarla y ponerla al alcance de todos los hombres.

*

* *

Acaso no menos bella que esta excursión es la que se puede hacer a través del alma del poeta cuando el lector se entrega a la lectura de su último libro de versos titulado «La elegía unánime». Bello libro a pesar de su melancolía, y acaso por ello mismo. El dolor y la tristeza serán siempre motivo para que el alma se encienda, para que la sensibilidad logre el tono estético, para que el espíritu adquiera el estado de gracia capaz de la creación de belleza, aunque sobre ésta aparezca el fúnebre velo. El autor, que ha llegado ya al otoño de la vida y para quien ésta ha sido constante arena de lucha, de sacrificio, y no pocas veces de dolor, quiere ofrecerse al lector de su libro «Desnudo de la piel para adentro y sin escudo...». Le tiende su mano, temblorosa todavía de la emoción con que escribía, y le dice: «Tú serás mi hermano si tu alma acercas a la mía».

En este estado de confesión, más que de confidencia, entrega al lector su libro de madurez con este verso doloroso y bellísimo

esto es mi corazón deshecho en cantos.

El melancólico breviario poético se desarrolla dentro de un hondo subjetivismo, en el que predomina el pensamiento de la conclusión y de la muerte.

Ya voy sintiendo que soy más de la muerte que de la vida,
porque ya es más lo mío que yace bajo tierra
que lo que se alza aún sobre la superficie del mundo.

Este pensamiento es el *leit motiv* del libro y ello le da tema para decir las cosas más desoladas y más bellas. Y las dice en un lenguaje claro y sublimado, tal como corresponde al dolor, con una sinceridad y una bella sencillez de imágenes que recuerda a los grandes poetas que ya no se nombran: de Musset, Heine, Leopardi.

Ya hay muchas manos que desde más allá de la vida
responden con su saludo insistente
al aleteo de nuestra mano en la desolación de la playa.

Ya hay muchas sombras que tañen sin manos
en las horas del recogimiento
la campana de nuestro corazón tembloroso.

.....
Ya son muchas!...

.....
 y no tardará el día en que ellos tengan más de mí
 que los seres entre los cuales aliento...

Soy de vosotros! —exclamaré entonces,
 y me dejaré morir sobre el pecho
 de mis muertos queridos.

Este perenne canto a la muerte y a los muertos se eleva de casi todas las páginas del libro. Es un himno que habla de las cosas hon- das del alma, del mundo subjetivo; pero que habla también del desolador espectáculo que ofrece el mundo devastado por la guerra. El dolor propio se une al dolor universal en una elegía que con razón el poeta ha calificado de unánime. ¿Qué otra cosa que dolor ofrece el panorama de la vida actual, y qué otro tema de mayor actualidad y de mayor verdad pueden hallar los poetas para sus cantos? Ya lo dice el autor en uno de sus poemas:

Por eso cantamos a la muerte
 ahora,
 todos los poetas del mundo

Esta elegía unánime tiene, sin embargo, sus remansos de esperanza y de paz, y en ellos desborda la ternura del poeta en una especie de misticismo *a rebours*, que le hace hallar en la propia muerte motivos de vida. La partida es una pesadilla que pronto se esfuma, la ausencia se convierte en presencia, el recuerdo es una dulce melancolía sin lágrimas en que la soledad se llena de rumores, en que, como lo dice el poeta en uno de sus más bellos poemas, se adivinan palabras, se sienten manos que se tienden, se escuchan inexpresables cosas. ¡Bendito consuelo el de los diálogos con los seres invisibles en la soledad! Concluyamos diciendo que el poeta, el gran poeta, está todo él en este bello libro que es compendio de la historia de un alma y de una vida, en las que sigue palpitando el romanticismo de la juventud.

«Como no ser romántico con este corazón en llaga viva»... en el que se toca todo cuanto la vida dió a este noble espíritu: lucha, amor, dolor; del que se oye el latido y se adivina el desgarramiento. El poeta ha llegado a la culminación de su obra estética y ha llegado a ella por la sublimación del dolor, el viejo amigo de los hombres.

*
 * *

Taine, juzgando a un comentarista de La Bruyère, un poco retrasado en el método crítico y demasiado amigo de los lugares comunes a lo la Harpe, dice que no se debe tratar al público como a un colegial; se es demasiado viejo a los treinta años, agrega, para volver al colegio. Se quiere juzgar por sí mismo; no gusta oír decir magistralmente que tal o cual pasaje es bello. Lo que se desea es

tener los antecedentes necesarios para conocer los orígenes de las ideas y sentimientos del autor y para explicar la obra por las circunstancias que la produjeron. Una vez dados estos datos, termina el gran crítico, el comentarista se retira, el lector llega, aprovecha de estas investigaciones, y juzga como mejor le parece.

El consejo viene de muy alto para no aprovecharlo. Pongamos, pues, fin a esta breve excursión lírica por el alma del poeta.

1923-1943.

RAUL MONTERO BUSTAMANTE